

proclamaron á Tancredo, primo del último rey, y en vano el papa Clemente III dió la investidura al defensor de la causa nacional: despues de la muerte de Tancredo que penosamente habia luchado contra Enrique IV en Italia, y contra Ricardo Corazon de leon en Sicilia, una guerra de esterminio dió fin á la resistencia del jóven rey Guillermo III, y á la admirable dominacion de los Normandos que se habia sostenido durante un siglo y medio contra todos los esfuerzos de los dos imperios.

CAPITULO XI.

HISTORIA DE ALEMANIA Y DE ITALIA, HASTA LA MUERTE DE FEDERICO II.

SUMARIO.

- § I.—Desmembracion del imperio de Carlomagno.—Arnoldo de Carintia, rey de Germania, y despues emperador.—Zwentibaldo, rey de Lorena.—Guerras contra los Moravos en Italia.—Luis el Niño.—Establecimiento definitivo de los Húngaros en la Panonia.—Estincion de la familia de Carlomagno en Germania.—Eleccion de Conrado de Franconia.—Guerra con el duque de Baviera.—Enrique de Sajonia el Pajarero.—Gobierno prudente y fuerte. Guerra contra los Húngaros.—Oton I el Grande.—Lucha contra los vasallos.—La Bohemia se sujeta á pagar el tributo.—Espedicion á Italia (V. § siguiente).—Progresos del feudalismo en los reinados de Oton II, Oton III y Enrique II.—Relaciones del imperio con los Bohemios y los Húngaros.
- Advenimiento de Conrado el Sálico al trono.—Enrique III lucha contra el duque de Champaña y el Milanés.—Minoría de Enrique IV, pujanza del feudalismo, desórdenes en el imperio.
- § II.—Rivalidad de Guido de Espoleto y Berengario de Friul.—Intervencion del emperador Arnoldo.—Guido y su hijo Lambert, emperadores.—Luis de Borgoña, rey de Italia y emperador.—Triunfo definitivo de Berengario.—Lotario.—Berengario II de Ivrea.—Adelaida, viuda de Lotario, llama á Oton el Grande, quien se casa con ella.—Revolta y sumision de Ludolfo, hijo de Oton.—Segunda expedicion de Oton, quien es coronado emperador.—Disenciones en la Iglesia.—Desavenencias con el imperio de Oriente.—Lucha de Conrado contra los vasallos italianos.—Ascendiente del imperio sobre la Italia y la Santa-Sede, en el reinado de Enrique III.
- § III.—Causas de la influencia de la Iglesia y de la Santa-Sede en la edad media.—Relaciones entre la Iglesia y el imperio.—Amalgama de lo temporal con lo espiritual.—Pretensiones de los emperadores sobre el dominio eclesiástico.—Del derecho de investidura.—Posicion política de los papas en medio de la cristiandad.—Ascendiente reconocido é invocado de la Santa-Sede.—Estado de las costumbres al advenimiento de Gregorio VII al solio pontificio.—Su doble objeto.—Contrasta enérgicamente la simonía y los desórdenes de las costumbres y reclama la independencia de la Iglesia.—Lucha contra el emperador Enri-

que IV.—La condesa Matilde.—Sublevacion de los vasallos.—Enrique en Canosa.—Su deposicion.—Enrique triunfa de sus rivales y se ostenta victorioso en Italia.—Muerte de Gregorio VII.—Continua la lucha bajo el pontificado de Urbano II.—Primera cruzada.—Reveses y muerte de Enrique IV.—Enrique V obliga al papa á ceder el derecho de investidura.—Concilios opuestos á los decretos del emperador.—Enrique V triunfa en Italia.—Desórdenes en Alemania.—Concordato de Worms.

§ IV.—Progresos del poder feudal en Alemania.—Conrado de Franconia triunfa de Enrique de Sajonia.—Principio de la rivalidad entre guelfos y gibelinos.—Disenciones religiosas y políticas en Italia.—Arnoldo de Brescia.—Federico Barbarroja interviene en Italia.—La disputa entre guelfos y gibelinos se convierte en contienda entre la Santa-Sede y el imperio.—Alejandro III.—Formacion de la liga lombarda.—Pujanza del emperador en Italia despues de la reunion del reino de las Dos-Sicilias.—Pontificado de Inocencio III.—Influencia del papazgo sobre toda la Europa.—Federico II.—Lucha contra el papa y las ciudades lombardas.—Eccelino, gefe de los gibelinos.—Federico en la cruzada.—Guerras civiles en Alemania é Italia.—Federico II es depuesto.—Nuevas guerras.—Retrato de este príncipe.

§ I.—DE LA ALEMANIA, DESDE LA FUNDACION DEL IMPERIO HASTA LA CONTIENDA ACERCA DE LAS INVESTIDURAS.

En medio de la gran desmembracion que siguió á la deposicion de Carlos el Gordo (V. cap. IX), la Germania, que acababa de sentar al heredero de sus reyes sobre el trono de Francia, conservó todavía la preponderancia. Arnoldo de Carintia, electo rey de Germania, recibió homenaje de Eudes, rey de Francia, de Roberto Welf, de Boscón, reyes de entrambas Borgoñas, de Berengario, duque de Friul, pretendiente á la corona de Italia, á quien sostuvo con su apoyo contra los esfuerzos de Guido de Espoleto; en fin dispuso del reino de Lorena á favor de Zwentivaldo, su hijo natural: faltábale tan solo la corona imperial. Guido la recibió del papa en 894 y la transmitió luego á su hijo Lamberto: á pesar de los esfuerzos de este, Arnoldo se hizo coronar en Roma, pretendiendo dominar la Italia como señor de ella, y despojó hasta á su protegido Berengario. Mas las repetidas incursiones de los Moravos le llamaron á la Germania, y mientras que habiéndose aliado con los Húngaros, recién-llegados á la

Pannonia, combatía y reprimía á los Moravos, los dos rivales Lamberto y Berengario, á quienes habia reunido el temor comun, se reconciliaron y se repartieron la Italia.

Murió Arnoldo (899) al tiempo que recibia la noticia de otra derrota de los Moravos y de la captura de uno de sus gefes; y su muerte puso de nuevo en el mayor conflicto los destinos de la Germania. Berengario ciñó la corona imperial, y apenas Luis, hijo de Arnaldo, acababa de ser reconocido rey de Germania á la edad de siete años, cuando Zwentivaldo fue asesinado en Lorena. Dos solos acontecimientos hicieron notable el reinado de Luis el Niño, fue el uno la aparicion de los Normandos en la Lorena, y el otro el establecimiento definitivo de los Húngaros en la Pannonia. Estos Bárbaros, ayudados por los Bohemios, pelearon contra los Moravos, cuyo gefe se habia sometido al rey de Germania. Cerca de Augsburgo destruyeron un ejército aleman, derrotaron al duque de Turingia, y todo el Occidente estuvo espuesto á sus invasiones y devastaciones por espacio de un siglo.

Luis el Niño, último descendiente de Carlomagno en Germania, murió en 911. Desde entonces la corona fue electiva y pasó á las familias mas poderosas de Alemania. Cuatro poderosos vasallos podian aspirar á ella, á saber, los duques de Franconia, de Suabia, de Baviera y de Sajonia. Fue elegido Conrado de Franconia (911); pero los principales feudatarios pretendieron librarse á su arbitrio de un poder que ellos mismos habian constituido. Arnaldo el Malo, duque de Baviera, tomó el título de rey y rehusó someterse á la supremacia imperial: vencióle Conrado en una reñida batalla, pero el duque de Baviera llamó en su socorro á los Húngaros; Conrado fue muerto peleando contra ellos, y su muerte no fue vengada. Habia designado por sucesor á Enrique de Sajonia, enemigo suyo, pero cuyos talentos y firmeza apreciaba. El hermano de Conrado para prevenir la incertidumbre de los vasallos y decidir la eleccion de Enrique, le entregó las vestiduras imperiales. Enrique se hallaba cazando pájaros cuando recibió este mensage y de ahí provino el apodo de *Pajarero* (918).

Enrique el Pajarero, proclamado por los Suabos, los Bávaros, los Turingios y los Sajones, inauguró la dominacion de la ilustre casa de Sajonia, que fue la que real-

mente organizó la Alemania y le adquirió para siempre el cetro imperial. Enrique reprimió la ambición de los vasallos poderosos levantando un pié de ejército regular, y fortificando sus provincias con fuertes castillos, á donde atrajo la novena parte de los habitantes de las campiñas concediéndoles privilegios importantes: estableció marcas ó *margraviatos* para la defensa de las fronteras. Los Húngaros que incesantemente devastaban la Alemania oriental, fueron derrotados cerca de *Merseburgo*, en una sangrienta batalla cuyo recuerdo han conservado las tradiciones populares de aquel país. También se atribuye á esta época el establecimiento de las primeras ciudades municipales de Alemania.

Oton I, hijo de Enrique el Pajarero, fue todavía más ilustre que su padre (936). Amenazado á su advenimiento al trono por un crecido número de vasallos sublevados, se valió de este mismo obstáculo para hincar su poder, derribando á los rebeldes duques de Franconia, de Suabia, de Lorena y de Baviera, cuyos estados dió á varios señores de su familia. La usurpacion de Boleslao en Bohemia, despues del asesinato de su hermano, dió ocasion á Oton para invadir aquel ducado y hacerle tributario, bajo pretesto de castigar al asesino y de vengar á los cristianos perseguidos. En esta guerra, Oton había hecho prisioneros ó vendido tan desmedido número de Eslavones, que su nombre sirvió para indicar generalmente los cautivos ó siervos. Las dos expediciones que hizo Oton I á Italia, le dieron el renombre de *Grande* y la corona imperial. Esta dignidad debía quedar en adelante y para siempre anexa á la Germania (962). La conclusion del reinado de Oton está enteramente enlazada con la historia de Italia (V. § siguiente).

La pujante autoridad del príncipe había comprimido los esfuerzos y contenido los progresos del feudalismo; mas este reparó luego sus pérdidas bajo los reinados de los sucesores de Oton el Grande. En los de Oton II (973-983), de Oton III (983-1002) y Enrique II de Baviera, vióse en lo interior á los vasallos establecer la herencia de los feudos y á poco hasta la de las principales dignidades de la corona. De este modo se unió á la aristocracia territorial otra aristocracia no menos peligrosa. El trono imperial era electivo, y los feudos y empleos dejaban de serlo: fá-

cil era de preveer que en la lucha entre los grandes y el emperador, este debería llevar la peor parte. En lo esterior, renovábanse periódicamente sin fruto alguno las luchas contra la Italia, y siempre inútilmente en cada reinado. Las relaciones de los emperadores con los Eslavos y los Húngaros fueron mas pacíficas: el segundo duque cristiano de Polonia, Boleslao I (1000), recibió de Oton III la corona real. Enrique II confirmó al soberano de Hungría Vaic, convertido en apóstol de su país bajo el nombre de Estevan, el título de rey que le había dado el papa Silvestre II.

La eleccion de *Conrado el Sálico*, al extinguirse la familia imperial de Sajonia (1024), acabó de colmar los progresos del feudalismo. Eligióse á un simple señor para que hiciese menos sombra á la ambición de los vasallos. Conrado pasó su reinado ocupado en desbaratar las ligas formadas contra él y en afianzarse el homenaje de muchos príncipes que estaban enteramente dispuestos á recobrar una completa independencia. Empeñó una lucha contra los vasallos de Italia (V. § siguiente) que continuó en el reinado de su hijo Enrique III. En un viage que hizo á Roma, había sido coronado emperador con su esposa Gisela. Murió despues de haber vencido sucesivamente á Eudes de Champaña, que le disputaba la posesion del reino de Arles, y á los Milaneses que se habían sublevado. Su hijo *Enrique IV*, llamado el Negro, había sido coronado con consentimiento de los príncipes y del pueblo, once años antes de la muerte de su padre. No por esto fue mas respetada la dignidad imperial durante la minoría del nuevo emperador. En vano la emperatriz Inés otorgó los feudos de Carintia, de Suabia y de Baviera á sus mas fieles partidarios, para interesarles en su causa; estos señores se valieron de su influencia para acrecentar la de los grandes vasallos. La usurpacion de todos los cargos del imperio y de la Iglesia en favor de sus hechuras, fue origen de todos los desórdenes y de todos los escándalos, que iban á causar un violento rompimiento entre el imperio y la Santa-Sede.

§ II.—DE LA ITALIA DESDE LA FUNDACION DEL IMPERIO HASTA LA CONTIENDA DE LAS INVESTIDURAS.

El reino de Italia fundado sobre las ruinas de la dominacion lombarda, no abarcaba toda la península. Hacia el fin del siglo noveno, los estados independientes del papa abrazaban aun en el centro de Italia, los alrededores de Roma y el exarcato de Ravena con la antigua Pentápolis. Al mediodia, los Griegos disputaban todavia sus posesiones, cada vez mas reducidas, á los Sarracenos Aglabitas que se habian apoderado de la Sicilia y de muchas ciudades italianas. Los ducados de Benevento y de Salerno, últimos restos del reino de los Lombardos, se habian mantenido entre los Griegos y los Latinos. Muchas ciudades pujantes por su marina y su comercio, Nápoles, Gaeta, Amalfi, rechazaban la supremacia puramente nominal del emperador de Constantinopla. En el norte, el comercio maritimo empezaba igualmente á enriquecer á Venecia que se habia fijado definitivamente sobre las lagunas del Rialto, y á Pisa y Génova, que al rumor de la desmembracion del imperio, proclamaban su independencia (888). El reino de Italia, único que en medio de esta subdivision habia conservado alguna fuerza y unidad, iba á destrozarse por sí mismo por medio de interminables particiones.

Al salir de las impotentes manos de Carlos el Gordo, despues de la dieta de Tribur, fue dividido entre los dos poderosos señores Guido de Espoleto y Berengario, duque de Friul; mas, á pesar de que este último habia sido reconocido desde luego en el norte de la península, habia sido confirmado en su posesion por el emperador Arnolfo de Carintia y habia derrotado al duque de Espoleto en Brescia (889) tuvo que ceder ante la obstinada energia de su rival, que sucesivamente se apoderó de la corona de Italia y del Imperio. Su hijo Lamberto, revestido igualmente de la dignidad imperial, obligó á Berengario á cederle la Italia hasta el Adda. Mas la muerte de Guido devolvió el cetro á su adversario, hasta que un nuevo competidor, Boson, puesto al frente de los Húngaros victoriosos, cayó sobre la Italia, triunfó de Berengario, á quien habia debilitado el sostenimiento de tantas guerras, y se

hizo nombrar rey en Lombardia y despues emperador en Roma. Sin embargo cuatro años despues Berengario reconquistó su reino, y dueño en fin de la persona del emperador, hizole sacar los ojos y lo envió á su reino de Borgoña. Señaló el final de este reinado tan á menudo perturbado, una señalada victoria que alcanzó Berengario, unido con el papa, contra los Sarracenos.

Despues de haber muerto Berengario asesinado, la península fue de nuevo objeto de encarnizadas guerras entre muchos pretendientes. Los reyes de las dos Bergoñas, *Rodolfo* y *Hugo* sucediéronse en pocos años en el trono de Italia. Presentóse en seguida *Lotario* hijo de este último, protegido por *Berengario*, marqués de Ivrea; mas el ambicioso tutor se aprovechó de la muerte de su pupilo para apoderarse de su herencia (950) y pensó legitimar la usurpacion casando á su hijo Adalberto con Adelaida, viuda de Lotario. Viéndose esta princesa blanco de odiosas persecuciones á causa de su negativa, llamó al emperador Oton á Italia. La primera espedicion de Oton á la otra parte de los Alpes ofreció pocos resultados; despues de haberse hecho coronar por rey de Lombardos en Pavia, y de haberse casado con su protegida Adelaida, no pudo obtener la corona imperial, y regresó á Alemania para reprimir la sublevacion de su hijo Ludolfo y de su hierno Conrado de Lorena. Sometidos ambos rebeldes, Ludolfo fue enviado contra Berengario II, que continuaba en oprimir la Italia; mas este principe mozo murió sin haber tenido tiempo de espiar su falta, y preciso fue que Oton mismo emprendiera nueva espedicion, pues amenazado el papa Juan XII por Berengario, y receloso de las invasiones de los Sarracenos, pedia con instancia un libertador.

Esta vez los sucesos obtenidos por el emperador fueron decisivos. Entregáronsele la Lombardia y Roma, y el papa se apresuró á coronarle por emperador.

La inconstancia y los desórdenes del pontifice hicieron retoñar por un momento las contiendas. Oton le hizo depouer, y se declaró protector de Leon VIII (963) elegido en su lugar. Solo la Italia meridional permanecia independiente de la dominacion del emperador de Occidente; para adquirir Oton derechos sobre la Pulla y la Calabria, sometidas por lo menos nominalmente al emperador de Constantinopla, pidió para su hijo primogénito la mano

de la princesa Teofania; pero la insultante negativa de Nicéforo encendió una guerra que terminó con la deposición del emperador de Oriente. Su sucesor Juan Zimisces, restableció la paz consintiendo en el matrimonio de aquella princesa. Al año siguiente murió Oton el Grande que había alcanzado la cumbre de la gloria y del poder (973).

Después del emperador Oton II, que contuvo la Italia con sus crueldades, y de Oton III, que fue arrojado de ella por haber querido fijar en Roma la silla de su imperio, la Italia estuvo dividida durante algunos años entre los partidarios de Enrique II y los de Arduino, marqués de Ivrea (1002). Al advenimiento de Conrado el Sábico, que se hizo coronar dos veces rey de Italia, en Milán y en Monza, cesaron por fin las rivalidades, y Pavia pagó la resistencia que opuso con la devastación de su territorio y destrucción de sus castillos. Los vasallos notables que ejercían una insufrible tiranía sobre sus feudatarios, vieron que el poder imperial apoyaba en contra de ellos los derechos de los vasallos, y que Conrado era el primero en dar ejemplo de una política á la cual mas adelante fueron deudores los reyes de Francia de su triunfo sobre el feudalismo. Triunfaba en Italia el ascendente imperial: Enrique III intervino en las contiendas de Gregorio VI, Benedicto IX y Silvestre III, que se disputaban la silla de S. Pedro, para hacer deponer á los tres pretendientes, y nombrar en su lugar al obispo de Bamberg, que tomó el nombre de Clemente III. Despavoridos los Romanos bajo su dominación, renunciaron el derecho libre de elección de pontífice, derecho que había sido atacado muchas veces por los emperadores (V. § siguiente); proclamaron patrios á Enrique y á sus sucesores, y en señal de supremacía le revistieron de una toga verde, y le pusieron un anillo de oro en el dedo, y una diadema también de oro en la cabeza.

Mas dirigida la Iglesia por un ilustre pontífice, iba á sacudir el yugo imperial y á recobrar su independencia.

§ III.—LUCHA DEL SACERDOCIO Y DEL IMPERIO.—GREGORIO VII.

Durante la trabajosa época de la edad media que con

tanta pena elaboraba la constitución definitiva de la Europa, todo eran destrozos y división en las naciones. El feudalismo contribuyó mas que otra institución alguna á establecer de hecho la independencia individual de cuanto pertenecía á la nobleza. Desde la caída del imperio romano, no existía fuera de la Iglesia un centro de acción en la sociedad; solo ella, merced á su influencia independiente de tiempos y lugares, podía obrar sobre todos los pueblos, é imprimirles un movimiento regular en medio de sus desordenadas agitaciones; solo ella, por medio de las luces, cuyo depósito poseía; reunía á sí todos los talentos eminentes. Mas de una vez la Iglesia había salvado las ciudades y campiñas de los desastres de la invasión; la Iglesia había organizado casi todos los pueblos bárbaros convirtiéndoles á la fé; la Iglesia, en medio de los desórdenes de los siglos décimo y undécimo, era la única autoridad que había tenido bastante poder para señalar término á las sangrientas disensiones, imponiendo á los pueblos la paz, ó por lo menos las *treguas de Dios*; solo ella podía suspender algunas veces las rencorosas querellas de los vasallos, y las luchas encarnizadas de los príncipes: en aquella época la espada no se humillaba sino ante la cruz.

No es de admirar pues que por premio de tantos beneficios prodigados á las naciones, recibiera la Iglesia el homenaje de una universal deferencia. Después de la caída del imperio romano, el de Occidente, único poder temporal importante, había conocido que tanto por interés propio como por reconocimiento, debía contraer alianza con el grande poder espiritual que dominaba el mundo cristiano. Por esto Carlomagno confirmó la donación de los bienes de S. Pedro; por esto los emperadores iban á Roma á recibir la corona de manos del pontífice: pero también en cambio obtuvieron una especie de supremacía sobre la Santa-Sede. Los pandillages y desórdenes que acompañaron muchas veces las elecciones de los papas, habían obligado á estos á solicitar la intervención de los emperadores, que hasta el fin del siglo nono no pasó de ser una simple protección: «Los comisarios imperiales, dice un decreto del papa Juan IX, deben, según el rito canónico y el uso admitido, asistir á la consagración del

papa para rechazar la violencia é impedir el escándalo.» Pero despues de esta época, los emperadores procuraron por todos los medios posibles tomar una parte activa en la eleccion de los pontifices, y Oton el Grande obtuvo del antipapa Leon VIII la facultad de nombrar el papa y de conferir las dignidades eclesiásticas en sus estados. Este decreto emanado de un intruso, abolido luego por el emperador Enrique II (1014) y puesto otra vez en vigor por sus sucesores, fue el fundamento de todas las pretensiones imperiales.

Mas la sujecion de la eleccion del pontifice al arbitrio del emperador, amenazaba al parecer la independencia necesaria en el gefe de la Iglesia, principalmente cuando las divisiones del imperio hicieron pasar el cetro á manos de los grandes vasallos. El poder pontificio no debia entregarse á la merced de cada usurpador que dominase en la otra parte de los Alpes. El abuso de la usurpacion de lo temporal sobre lo espiritual, se manifestó al momento por el modo escandaloso con que los príncipes distribuyeron las dignidades eclesiásticas. En vez de limitarse á intervenir en lo temporal de la Iglesia, instituyeron, como hubieran podido hacerlo los obispos, los elevados funcionarios del clero, negociaron vergonzosamente con las cosas santas para aumentar sus rentas y crearse partidarios. Los obispados y las abadías fueron puestos á pública subasta y cedidos al mayor postor. Llegó á ver á un niño de diez años, á Benedicto IX sentado en el solio pontificio por las intrigas pecuniarias del emperador Conrado II. Elevados á sus dignidades los prelados por la simonia se indemnizaban con la dilapidacion de los bienes de los pobres, y recobraban por medio de odiosas vejaciones las cantidades que á ellos se habian escigido. Sometidos á la gerarquía feudal por la investidura de los feudos anectos á sus dignidades, llevaban lanza y ceñían espada al modo de los barones; y á la señal del príncipe levantaban bandera y peleaban en la guerra al frente de sus vasallos en vez de vigilar sobre sus diócesis.

Los autores contemporáneos hacen una pintura horrible de las costumbres de aquella época. «Otórgase la dignidad episcopal, dice S. Anselmo, á siervos y á hombres relajados, porque harto sabido es que semejante clase de

gente no osaran reprender los vicios de los grandes que les han elevado á aquellas dignidades. Esos falsos pastores no piensan mas que en enriquecerse á espensas de sus rebaños, sin cuidarse de la salvacion de las almas. Otros entregados á las vanidades del siglo, solo se afanan en mantener perros y aves de caza, y dejan sus Iglesias para seguir á los emperadores, á pesar de la prohibicion de los santos cánones.» Tan deplorables escesos propagaban los vicios en todas las clases. «El mundo, esclama Pedro Damiano, no es mas que una sentina de envidia y de impureza. Un espíritu maléfico hace brotar por todas partes el odio, la impiedad y la hipocresía.... ¿Quien hay que se avergüenze de llevar una vida desarreglada ó de cometer un robo sacrilego? ¿quien teme cometer crímenes, de los cuales el cielo pide venganza? la corrupcion rebosa por todas partes.»

Los papas, defensores de los derechos de la Iglesia, y protectores de los mas santos intereses de la sociedad, no podian sufrir semejantes desórdenes. Tal vez algunos de ellos juntaron á la intencion de libertar la Iglesia de un yugo que no debia tolerar, la otra menos pura de fundar, con el ausilio de su autoridad espiritual, una supremacia puramente temporal. Como quiera, ellos anunciaron la intencion de devolver la libertad á la Santa-Sede, y de poner fin á una influencia que reducía la Iglesia á la condicion de vasallo, y habia al parecer abolido para sus miembros todas las leyes de la disciplina y de la moral.

Cuando iba á empeñarse la lucha, el papado obtenía ya un poder inmenso, apoyado en la opinion pública de los pueblos y en el consentimiento general. Los papas se habian hecho los mediadores y árbitros entre los pueblos y los reyes: bajo este titulo, ya en el octavo siglo el papa Zacarias habia visto á los Francos invocar su decision: «Fue, dice Ancillon, un tribunal supremo erigido en medio de la universal anarquía, cuyos decretos fueron algunas veces tan respetables como respetados.» Las naciones mismas y los soberanos habian fundado ese ascendiente que Gregorio VII invocó con tanta energia. Los Normandos vencedores en Italia á las órdenes de Roberto Guiscardo, pidieron al papa, que tenian cautivo en su campo, la investidura á titulo de feudo, de la Pulla y de

la Calabria. Estevan, rey de Hungría, habia puesto á disposicion del papa todos los derechos y el poder de su corona. Segun el derecho sajón, el emperador elegido no obtenia el poder y el título imperial hasta haber sido consagrado por el papa; esta misma legislacion reservaba formalmente al papa el derecho de excomulgar al emperador. «La espada temporal, decia el derecho de Suabia, está confiada al emperador por el papa (1).» Asi es que el emperador en el acto de su coronacion estaba obligado á jurar fidelidad y obediencia al papa (Eichorn) (2). Bajo el punto de vista de estos hechos es como debe formarse juicio de esta época y de la conducta de Gregorio VII.

Semejante poder no habia de hallarse depositado en vano en manos de un hombre cuyas miras profundas, enérgica voluntad y firmeza inalterable le hicieron el héroe de su siglo.

La historia de las reformas de Gregorio empieza mucho antes que la de su pontificado. *Hildebrando*, hijo de un carpintero de Toscana, era simple monge de Cluny, cuando por su reputacion de sabiduria y áustera virtud fue llamado al consejo de los soberanos pontífices. Ya habia sondeado toda la profundidad del mal y conocido su causa; ya se habia propuesto el doble objeto al cual aspiró invariablemente durante toda su vida, es á saber, la independencia de la Iglesia, y la regeneracion de las costumbres. Todo iba á ceder á las inspiraciones de su activo talento.

Bajo los pontificados de Leon IX y Victor II, muchos obispos instituidos por el emperador y convencidos de simonia fueron depuestos á instigacion suya. El matrimonio de los sacerdotes, esa llaga del clero alemán, que sofocaba en todas partes el entusiasmo religioso, y destruia la influencia del sacerdocio, fue prohibido bajo el de Estevan IX, por una primera bula, *con arreglo á los antiguos cánones*. En fin Hildebrando hizo promulgar un decreto á Nicolás II, que afianzaba la libre eleccion del soberano pontífice por los cardenales, salva la simple confirmacion

(1) Véase la historia de Gregorio VII, por Voigt, prefacio y tomo 1.º

(2) Enrique II prestó este juramento en 1018.

GREGORIO VII.—QUERRELLA DE LAS INVESTIDURAS. 449
del emperador: estaba ya preparada la obra de su pontificado.

Cuando se trató de nombrarle papa, él mismo aconsejó á Enrique IV que no confirmase su eleccion, advirtiéndole que la dignidad imperial no impediria que sus desórdenes fuesen reprendidos con mas severidad que los de los demás. Enrique cuyas crueldades y excesos detestaba ya toda la Alemania, Enrique, que permitia vender las abadías á pública subasta hasta en las gradas del trono, aprobó no obstante la eleccion, á pesar de la noble franqueza de este aviso, y de las instancias de los obispos alemanes, que temblaron por motivo de sus prevaricaciones; é Hildebrando ciñió la tiara pontificia bajo el nombre de *Gregorio VII* (1073).

Renovó al instante todos los decretos de sus predecesores. El concilio celebrado en 1074 en Roma proscribió la simonia ó el tráfico de las cosas santas, y prohibió mas severamente el matrimonio de los sacerdotes. Lleváronse los decretos del concilio á los dos reyes que mas habian favorecido los abusos, á Felipe I de Francia y á Enrique de Alemania, y ambos prometieron su sumision. En el año siguiente (1075), otro concilio declaró que la investidura de los bienes eclesiásticos no perteneceria ya mas á los seculares.

Enrique que á la sazón se hallaba en guerra contra la Sajonia y la Turingia, acababa de conseguir una importante victoria. Orgulloso con su triunfo desechó insolentemente la decision pontificia: opuso al concilio de Roma el conciliábulo de Worms, y envió á Gregorio una sentencia que le deponia: invocado solemnemente el papa como árbitro por los señores alemanes reunidos en Tréveris, excomulgó al emperador y relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad.

El efecto de la excomunion fue prodigioso. Tan grandes habian sido los escándalos de la dominacion imperial, y era tal la influencia de la Santa-Sede, que casi toda la Alemania se sublevó contra Enrique. En medio de la espantosa confusion de la sociedad y de la incertidumbre de las instituciones políticas de aquella época, el remedio era sin duda estremado; pero tal vez necesario, y al parecer autorizado por el derecho público de Alemania, que declaró formalmente *deuido de su feudo y patrimonio á*

todo excomulgado que durante el año no volviera á ponerse en gracia. «Hombres libres eran, dice un antiguo autor alemán, los que habian elegido á Enrique por rey, bajo la condicion de que juzgaria y gobernaria á los electores conforme a los derechos de la corona. Como Enrique habia violado continuamente el pacto que habia jurado á su eleccion, podian ellos negarse á reconocerle por su rey, aun sin el fallo de la sede apostólica (4).» Amenazado de una próxima deposicion por sus grandes vasallos sino se hacia absolver por el papa, vióse obligado á humillarse ante un poder que no podia venter, y fue á Italia á implorar perdon á los pies del soberano pontifice. Hallábase Gregorio en el castillo de Canosa, con la princesa Matilde de Toscana, que habia sacrificado todo su poder á los intereses de la Santa-Sede. Antes de ser admitido por el papa, Enrique tuvo que hacer una penitencia pública y solemne. Por espacio de tres dias esperó en la puerta del castillo, vestido con una simple túnica de lana en medio del rigor del invierno, la absolucion que por fin le otorgó el papa (2).

Retirose con el corazon oprimido de coraje esperando la ocasion de vengarse.

Los señores alemanes no quedaron satisfechos; querian

(4) Este derecho propio de los electores de anular la eleccion del emperador que violaba la constitucion, estaba reconocido formalmente por la legislacion sajona. De ahí resultaba claramente el derecho que tenian los electores de someterlo al arbitramento del papa y el del papa de aceptar este arbitraje. Recuérdese que muchos estados de Alemania (V. pág. 451) consideraban al emperador como vasallo del papa. Insistimos sobre estos hechos porque parece que se ha hecho entera abstraccion de ellos, segun el modo como generalmente se ha juzgado á Gregorio VII, y en las acusaciones de usurpacion que se le han dirigido. Remitimos á nuestros lectores para el examen de esta cuestion al excelente libro de Voigt, autor protestante, que por lo mismo no se hace sospechoso en esta materia.

(2) Nótese que Enrique IV solo fue á Canosa para evitar los efectos legales de la excomunion, y que la conducta del papa aunque parezca escesivamente rigurosa, fue desaprobada por los señores alemanes, que reclamaban á toda costa la deposicion del emperador, y no se contentaban con la severa leccion que habia recibido Enrique IV.

la deposicion y echaron en cara al papa su indulgencia; apenas habia regresado á Alemania Enrique, cuando la asamblea de Forcheim proclamó en su lugar á su cuñado Rodolfo, y su hijo Conrado se sublevó en Italia. Mas luego Conrado, que habia vuelto á su deber, se puso en marcha contra el papa, mientras que Enrique, al frente de los vasallos que le habian permanecido fieles, perseguia á su rival, al que en vano protegieron mas adelante los anatemas pontificios. En un mismo dia fue muerto Rodolfo en Turingia, y la derrota de las tropas de la condesa Matilde franqueó al emperador el camino de Roma. Enrique fué á hacerse coronar por el antipapa Clemente III (Guiberto), y á sitiar en el castillo de San Angelo á Gregorio VII, quien inmutable en presencia de su enemigo triunfante, rehusaba hacer concesion alguna. Libertó al heróico anciano el normando Roberto Guiscardo, conquistador de la Italia meridional; en cuyos estados buscó asilo, y murió poco despues repitiendo estas palabras. «He sido amante de la justicia y he aborrecido la iniquidad: por esto muero desterrado.»

El nuevo papa Victor III retrocedió ante la pesada herencia de luchas y combates que le legó su predecesor; firmó paces con el emperador; pero dos años despues fue reemplazado por Urbano II, que emprendió otra vez con ardor la grande obra de Gregorio VII. Urbano hizo bambolear la pujanza del emperador sublevando contra de él á sus dos hijos; y ligó á toda la Europa con la Santa-Sede excitando el entusiasmo de las cruzadas. Arrastrados todos los pueblos á la guerra santa, abandonaron á un principe cargado con los anatemas de la Iglesia. Un ejército de cruzados arrojó de Italia á Enrique IV y al antipapa Clemente III (1100):

Pascual II continuó sosteniendo á los rebeldes hijos del desgraciado Enrique, que murió en la mas profunda miseria, despues de haberse visto obligado á renunciar al imperio (1106). El papa lo esperaba todo del nuevo emperador, Enrique V, que le debia la corona; pero el hijo parricida fue tambien ingrato para con su bienhechor. Apoderose de la persona del papa, le colmó de malos tratamientos, y no le concedió la libertad sino mediante la promesa de abandonar el derecho de investidura sin condicion alguna.

Pascual se retractó luego de una promesa que le había sido arrancada por la fuerza; y ya dos concilios alemanes habían excomulgado al emperador por sus sacrilegas violencias. El concilio de Latran renovó la prohibición impuesta á los seculares de dar ó recibir las investiduras eclesiásticas. Enrique V combatió los decretos de la Iglesia con las armas en la mano: entró en Italia, arrojó de Roma á Pascual, invadió la herencia de la condesa Matilde, legada á la Santa-Sede, y se hizo coronar en Roma, por el antipapa Gregorio VIII. En fin los desórdenes de Alemania, en donde un partido poderoso sostenia la causa pontificia, fatigaron la perseverante oposicion del emperador, y consintió en entablar negociaciones con el papa legitimo, Calixto, restablecido en Roma.

Celebrose una dieta en Worms, y despues de prolongadas conferencias entre los ministros del emperador y los legados del papa, el emperador concedió la libre eleccion de los obispos y de los abades, y renunció á la investidura de mitra y báculo, esto es á la investidura eclesiastica que se reservó á los obispos. El papa por su parte, dejó al emperador la investidura, por lo tocante al cetro, de los dominios eclesiásticos, que permanecieron sometidos como todos los demás á la ley feudal. De este modo quedaron separadas la jurisdiccion temporal y la espiritual, el poder secular y el religioso. El papa ya no fué sino el gefe puramente espiritual de la Iglesia, el emperador, el primero y mas poderoso rey de Europa; pero la unidad política de la cristiandad entera quedó quebrantada para siempre.

El concilio de Latran confirmó en el año siguiente (1123) la transaccion entre el sacerdocio y el imperio. Desde entonces perteneció esclusivamente á los cardenales la eleccion de los soberanos pontífices, y dejó para siempre de estar subordinada á la voluntad del emperador. Hallábase terminada la contienda de las investiduras, pero vamos á ver renovada luego, por otros motivos, la rivalidad entre la Italia y la Alemania.

§ IV. LUCHA DE LOS GUELFOS CONTRA LOS GIBELINOS EN EL REYNADO DE LA CASA DE SUABIA.—INOCENCIO III, INOCENCIO IV.—FEDERICO BARBARROJA, FEDERICO II.

Durante la querrela de las investiduras y en medio de

las discordias y guerras civiles, se habia acrecentado prodigiosamente en Alemania la pujanza de los grandes vasallos á espensas del poder imperial. En vano se habia lisongeadó el emperador de contener las usurpaciones del feudalismo creando nuevos señores exclusivamente dependientes de él, y aumentando el poder temporal del clero para oponerlo al de sus vasallos. El clero hizo por lo regular causa comun con el feudalismo, y los señores inmediatos no pudieron resistir contra fuerza tan superior. Enrique IV habia sucumbido en la lucha: bajo el reinado de Enrique V, se estableció la herencia de los feudos, sólido fundamento del poder feudal. Por último la extincion de la casa imperial de Franconia acabó de dar libre curso á las ambiciosas pretenciones de los grandes. A la muerte de Lotario II, sucesor de Enrique V, se disputaron la corona dos antiguas familias, la de los Welfs (Guelfos) y la de los Hohenstaufen, señores de Wíbeling (Gibelinos). Los primeros poseian la Baviera y la Sajonia, y temporalmente en Italia la Toscana y una parte de la Lombardia, rica herencia de la condesa Matilde; los segundos eran dueños de los ducados de Suabia y de Franconia. La preferencia obtenida por uno de los dos representantes de estas familias, Enrique el Soberbio y Conrado de Franconia, da origen á la famosa rivalidad de Guelfos y Gibelinos.

Conrado fue elegido en la dieta de Coblenza. Enrique, hierno del postrer emperador, creyendo tener asegurada la corona, negóse á reconocer á su rival, y la dieta de Wurtzburgo le despojó de sus estados, los cuales fueron repartidos entre el margrave de Austria, Leopoldo, y Alberto de Brandeburgo. Mas los Sajones protestaron enérgicamente en nombre del jóven hijo de Enrique el Soberbio, Enrique el León, y mientras que su hermano se sostenia en Baviera, vióse obligado el emperador á devolverle la Sajonia en la dieta de Francfort (1142.) La voz de San Bernardo, que llamaba á todos los pueblos á la segunda cruzada, apaciguó por un momento los desórdenes. Partió Conrado con setenta mil guerreros, y en el interin Enrique el León cumplia su voto peleando contra los Eslavos que eran idolatras, y estendiendo sus estados por la parte del norte. Al parecer estaba la lucha á punto de reanimarse, cuando la muerte de Conrado puso el

imperio en manos del duque de Suabia *Federico Barbarroja* (1152). Este príncipe, que apenas subido al trono se erigió en árbitro entre los príncipes de Dinamarca, otorgó el título de rey al duque de Bohemia, y obligó al rey de Hungría á prestarle homenaje, apresurose no obstante á satisfacer la mayor parte de las pretensiones de sus rivales restituyendo la Baviera á Enrique el Leon, y la Toscana al hermano de Enrique el Soberbio: llamábale á la otra parte de los Alpes los asuntos de Italia.

El papa Inocencio II acababa de reconocer al normando Rogerio II rey de Sicilia, de la Pulla y de la Calabria bajo condicion de prestarle homenaje y pagarle tributo, cuando estallaron terribles desórdenes en Roma. Un monje cuyo espíritu entusiasta y fogoso estaba animado por una seductora elocuencia, declamaba con furor contra el poder temporal de los papas, negándoles hasta el derecho de gobernar á Roma, y pretendia restablecer la república. *Arnaldo de Brescia*, intimaba al papa y á los obispos que abandonasen sus bienes y se contentasen con las ofrendas de los fieles. El pueblo acogió con entusiasmo una doctrina que le prometia los despojos del clero; y los papas Inocencio II, Celestino II, y Lucio II hicieron inútiles esfuerzos para contener las pasiones desencadenadas. Por último una sedicion excitada por Arnaldo obligó á Adriano IV á huir de Roma, y el pueblo saqueó la ciudad en nombre de los apóstoles y de los héroes de la república romana: Adriano pidió auxilio á Federico. Al mismo tiempo muchas ciudades de Lombardía coligadas con la de Pavia se aderian á la causa de los Gibelinos, para obtener el apoyo del emperador contra la pujante ciudad de Milán.

Seguro de hallar partidarios á la otra parte de los Alpes, apresurase Federico á pasar á Italia, y Pavia le ofrece la corona de Lombardía; pero á pesar del suplicio de Arnaldo de Brescia, entregado al emperador, la faccion republicana de Roma cierra á este las puertas de la ciudad, y enfurecido Federico por no haber podido lograr hacerse coronar sino en un arrabal, regresó á Alemania para preparar su venganza. Entre tanto la invasion estrangera habia reunido todos los ánimos en favor de la causa nacional, y libre ya el papa de los sediciosos ataques de Arnaldo de Brescia, no estaba dispuesto á aceptar la

supermacia imperial. Desde entónces sus intereses estuvieron en contraposicion con los del emperador, y la querrela de los Guelfos y Gibelinos se convirtió en contienda entre la Santa-Sede y el Imperio. Orgulloso Federico con la decision de cuatro jurisconsultos que le conceden la soberanía universal, quiere empezar á hacer uso de ella anulando la eleccion del papa Alejandro III, y el papa á su vez excomulga al emperador é invoca el auxilio del partido guelfo de Lombardía, de Guillermo II, rey de Sicilia, y de todos los príncipes cristianos. Avanza el emperador enfurecido, incendiando las mieses, talando las campiñas, y asesinando á los prisioneros: apodérase de Milan despues de un prolongado sitio, derriba las murallas y hace pasar el arado sobre sus ruinas. Consternadas al pronto en vista de tan gran desastre, sométense á Federico las ciudades lombardas; mas luego se reaniman y se unen para obtener la libertad de la Italia (1164). El papa Alejandro se declara públicamente en favor de la liga lombarda. Venecia toma partido por los Guelfos al ver que Génova su rival sostiene á los Gibelinos. Milan reedifica sus murallas, y derrotado Federico en Lignano, por causa de la defeccion de Enrique el Leon, vese obligado á suscribir la paz de Constanza (1188), que asegura á las ciudades aliadas su independencia salvo el dominio eminente del emperador. Humillase Federico ante el soberano pontífice; á su presencia desprende su manto imperial y besa los piés del *celoso propugnador de la libertad italiana*. Pero por lo menos castigó al autor de su humillacion y de su derrota; hizo desterrar del imperio al pérfido Enrique el Leon, y repartió sus dominios entre varios vasallos.

En la lucha del papa contra el Imperio; los normandos de Italia, que en otro tiempo, bajo el mando de Guiscardo, habian sostenido y salvado á Gregorio VII, permanecieron adictos al partido pontificio desde que Inocencio II habia conferido á Rogerio II el título de rey de las Dos-Sicilias. Bajo la dinastía que reemplazó á la Normanda este nuevo reyno iba á ejercer en los asuntos de Italia una influencia totalmente contraria. Federico Barbarroja, preparó este cambio casando á su hijo con la hija de Rogerio, y poco despues murió en la cruzada (V. Hist. de las Cruzadas, cap. XII). Su hijo Enrique VI, rey ya de los Romanos y luego elegido emperador, reclamó la herencia

de Rogerio. El papa, de quien dependian desde su origen los feudos normandos en Italia, confirió la investidura á Tancredo, bastardo del último rey, para quitar á los estrangeros esta bella y rica parte de la Peninsula. Pero los ejércitos de Enrique destruyeron el partido nacional, y el gete del ejército siciliano, atado sobre un trono de hierro incandescente, con una corona de cobre ardiente en la cabeza, espiró entre los tormentos delante de su implacable enemigo. La Italia entera tembló ante el cruel Enrique VI. Desde entónces el imperio se estendió hasta las extremidades de la Italia, rodeando por todas partes los estados de la Iglesia y amenazando mas que nunca dominarlos. Fue necesario un Inocencio III, imitador y émulo de Gregorio VII, para resistir á las invasiones del poder imperial, para avasallar en Roma el espíritu republicano, para renovar en todas partes el fervor religioso y organizar una nueva cruzada.

Durante un reynado de diez y ocho años (1198-1216), Inocencio devolviendo á la Santa-Sede su supremo ascendiente, domina toda la Europa con su enérgica voluntad. En Italia, los estados de la Iglesia, destrozados desde mucho tiempo, recobran la unidad y la paz; en Francia, sostiene Inocencio los derechos de la Iglesia y los de una princesa ultrajada contra el poderoso Felipe-Augusto; opone á la heregia de los Albigenses las predicaciones de una nueva orden religiosa (los dominicanos) y las armas de todo el reyno; recibe del rey de Inglaterra el homenaje que convierte sus estados en feudo del papa; en el norte envia sus misioneros á conquistar para la fé católica la Estonia, la Prusia y la Livonia; en el oriente renueva el genio de las cruzadas, y la Iglesia griega, á lo menos por algun tiempo, se somete á la romana; en fin Inocencio, protector del joven Federico, presta el generoso apoyo de su influencia soberana al hijo del tirano de Italia, y hace triunfar la causa de un niño á despecho de sus terribles rivales Felipe de Suabia, asesinado luego, y Oton IV de Brunswik, que verá quebrantarse su pujanza en las llanuras de Bouvines contra el ejército de Felipe Augusto (1214).

Federico II, que debia su elevacion á la Santa-Sede, dióle al principio muestras de su agradecimiento renunciando á la sucesion de la condesa Matilde; mas apenas

se hubo hecho coronar en Roma, cambió súbitamente de política. Dotado de carácter astuto y disimulado, poco escrupuloso en los medios de satisfacer su vehemente ambicion, careciendo de creencia alguna religiosa, inconstante en sus costumbres, y amigo de los Sarracenos, cuyo idioma hablaba, Federico no podia permanecer mucho tiempo aliado con la Santa-Sede. Inquieto el papa al ver que el emperador afirmaba su dominio en la Italia meridional, le excitaba á la cruzada, poniendo al mismo tiempo sobre si al partido guelfo; y en el mismo instante en que cediendo Federico á pesar suyo á las excomuniones del papa, marchaba á la tierra santa, predicose en Italia una cruzada contra él. Las ciudades lombardas formaron una nueva liga para proteger la independencia italiana, y las tropas pontificias invadieron el reyno de Nápoles. Federico al volver del Oriente derrotó á los rebeldes reunidos bajo el mando de su propio hijo Enrique y luego despues completó su triunfo con el auxilio del feroz Eccelino, gefe de los Gibelinos de Lombardía. Mas el papa Gregorio IX, anciano casi centenariano, á quien la edad no habia debilitado la energia, suscitó nuevos enemigos al emperador en todas partes, y convocó un concilio general. Murió al recibir la noticia del triunfo de sus enemigos en Meliora (1244); colocada luego la tiara en la cabeza de *Inocencio IV*, viose obligado á huir de Italia (1245) y abrió un concilio en Lion al que citó al emperador. Federico se negó á comparecer, y el papa pronunció solemnemente el anatema contra de él, y la deposicion. La mayor parte de los principes alemanes apoyaron esta decision y elevaron sucesivamente dos pretendientes al trono. Mas ya estaba lejos de ser aquella grande lucha del sacerdocio contra el Imperio en la cual la Europa entera se habia agrupado en torno de la Santa-Sede como en rededor de su centro. La lucha habia descendido á las proporciones de una querrela de partido, y el piadoso rey san Luis se negó á declararse en favor del papa contra el emperador. Al recibir Federico la noticia de su deposicion, colocose con orgullo la corona imperial en la cabeza y escalmó: « Todavía no me la ha arrancado Inocencio; antes que lo logre correrá la sangre á torrentes! » La mediacion de san Luis no pudo impedir que la guerra civil despedazara otra vez la Alemania y la Italia. Ec-

celino y Federico rivalizaban en ferocidad; multitud de prisioneros eran asesinados diariamente por el implacable vencedor; á otros se les ponía en libertad despues de haberles mutilado horrorosamente. Los partidarios de Federico se cansaron por fin: miraban con horror el que este príncipe reemplazara su guardia alemana por una guardia musulmana, y que entregara los cristianos al furor de una soldadesca infiel. Abandonado de todos, y vendido hasta por sus mas adictos partidarios, pagò cruelmente la pena de su ingratitud para con la Santa-Sede, y murió de tristeza en un rincón de Italia. (1250)

De este modo se gastó en deplorables contiendas un reynado que de otra parte hubiera podido ser glorioso para la Alemania y para la Europa entera. Federico muy superior por sus miras políticas y por sus luces á la mayor parte de los príncipes contemporáneos, era amante de las artes y de las ciencias, hablaba con facilidad muchos idiomas, y se complacia en reunir en su corte á los sabios de todos los países; fundó bibliotecas y universidades, y favoreció con todo su poder la civilización naciente. Mas todos sus esfuerzos quedaron estériles, y sus obras no le sobrevivieron. La Europa cristiana de la edad media no podia mancomunarse con un rey impio cuyas costumbres y creencias hubieran parecido mejor colocadas en un trono musulmán.

CAPÍTULO XII.

HISTORIA DE LAS CRUZADAS.

SUMARIO.

- § I. Estado de la Europa en la época de la primera cruzada. — Pujanza del feudalismo. — Estado del Oriente. — Decadencia del imperio griego el cual pide socorro al Occidente. — Opresión de los cristianos en Oriente bajo el poder de los Seldjukidas y de los Fatimitas.
- § II. Pedro el Hermitaño. — Urbano II. — Concilio de Clermont. — Primera cruzada. — Toma de Nicea. — Batalla de Dorilea. — Principados de Antioquía y de Edesa. — Toma de Jerusalem. — Godofredo de Bullon, rey de Jerusalem. — Organización del nuevo reyno. — De los órdenes de caballería. — Sucesores de Godofredo de Bullon. — Nurheddino.
- San Bernardo predica la segunda cruzada, emprendida por el emperador Conrado y Luis VII de Francia. — Reveses en el Asia Menor. — Saladino. — Batalla de Tiberiades. — Toma de Jerusalem.
- § III. Tercera cruzada. — Federico Barbarroja muere en Sicilia. — Felipe Augusto y Ricardo Corazón de Leon. — Sus desavenencias. — Regreso del rey de Francia. — Inútiles hazañas, regreso y cautiverio de Ricardo. — Reino de Chipre.
- § IV. Cuarta cruzada distraída de su objeto. — Influencia de los Venecianos. — Toma de Zara. — Fundación del imperio latino de Constantinopla. — Subdivisión del Oriente. — Venecia coge el principal fruto de la cruzada. — Decadencia y caída del imperio latino.
- Cruzada de niños. — Quinta y sexta cruzadas emprendidas por los príncipes alemanes. — Federico II en Palestina. — Su política con respecto á los Musulmanes.
- § V. Invasión de los Mogoles. — Gengis-Khan. — Los Howaresmianos son repelidos hacia la Palestina. — El sultan de Egipto se hace dueño de Jerusalem. — Séptima cruzada emprendida por san Luis y dirigida contra el Egipto. — Prósperos sucesos, reveses, y cautiverio del santo rey. — Organiza la defensa de las ciudades cristianas de la Siria. — El Viejo de la montaña.
- Octava cruzada en Africa. — Muerte de san Luis al pié de los muros de Túnez. — Tratado concluido por Carlos de Anjou.
- § VI. Resultados políticos, comerciales, industriales y literarios de las cruzadas.